

Boufflers, estas por el marqués de Bedmar, lograron un señalado triunfo sobre los aliados (30 de junio, 1703), en que las tropas de Francia y del Elector de Colonia se condujeron con admirable valor, y las españolas y walonas asombraron á nuestros aliados y aterraron á los enemigos. De sus resultados holandeses quitaron el mando á su general. Después de aquel sangriento combate el escaso ejército franco-español hubo de limitarse á estar á la defensiva.

Tal era el estado de la guerra de sucesion en los Estados de fuera de España, cuando con la venida del archiduque Carlos de Austria comenzó á encenderse dentro de nuestra península (1).

CAPITULO IV

Guerra de Portugal.—Novedades en el gobierno de Madrid

DE 1704 Á 1706

Ilusiones del archiduque y de los aliados.—Mal estado de aquel reino.—Grandes preparativos militares en España.—Sale á campaña el rey don Felipe.—El duque de Berwick.—Triunfo de los españoles.—Apodráncese de varias plazas portuguesas.—Retráncese á cuarteles de refresco.—Regresa el rey á Madrid.—Fiestas y regocijos públicos.—Empresa naval de los aliados.—Dirigese la armada anglo-holandesa á Gibraltar.—Piérdese esta importante plaza.—Funesta tentativa para recobrarla.—Sitio desastroso.—Levántase despues de haber perdido un ejército.—Recobran algunas plazas los portugueses.—Intrigas de las cortes de Madrid y de Versalles.—Separacion de la princesa de los Ursinos.—Profundo dolor de la reina.—Nuevo embajador francés.—Carácter y conducta de Grammont.—Cambio de gobierno.—Habilidad de la princesa de los Ursinos para captarse de nuevo el afecto de Luis XIV.—Va á Versalles.—Obsequios que le tributaron en aquella corte.—Vuelve á Madrid, y es recibida con honores de reina.—El embajador Amelot.—El ministro Orri.—Campaña de Portugal.—Tentativa de los portugueses sobre Badajoz.—Nueva política del gabinete de Madrid.—El Consejo de gobierno.—La grandeza.—Conspiraciones.—Notable proposicion del embajador francés.—Es desechada.—Disgusto de los reyes.—Mudanzas en el gobierno.—Situacion de los ánimos.

Dejamos en el capítulo anterior hecha por ambas partes la declaración de guerra entre Portugal y España, y muy próximas á romperse las hostilidades. El almirante de Castilla, alma de los planes de los enemigos en Lisboa, había representado al archiduque Carlos de Austria y á todos los aliados como muy fácil la empresa de apoderarse de este reino y de ceñir la corona de Castilla. De tal manera le había pintado abandonadas las plazas, las provincias sin defensa, sin ejército la nacion, el tesoro sin dinero, descontentos los españoles de la dinastía y del gobierno francés, y dispuestos á sublevarse y adherirse al austriaco tan pronto como este pisara el territorio español, que Carlos llegó á creer que no hallaría resistencia formal, y no ansiaba sino el momento de invadir las provincias castellanas. Acaso hubo mas de ilusion que de mala fe en el almirante, porque en todos tiempos los emigrados á extraños países por causas políticas se persuaden fácilmente de que los espera en su patria un partido numeroso, irresistible, que no aguarda sino su presencia para levantarse y derrocar lo existente. Pues solo de esta manera se concibe que siguiera pensando así aquel magnate despues de haber visto el encono con que los extremeños perseguían á los portugueses desde que Portugal se declaró por el archiduque (2), y despues de haber visto la suerte que habían corrido los emisarios y exploradores enviados por él á diferentes puntos de España (3).

(1) Historia de la casa de Austria, tom. I.—Historia de Europa, ad ann.—Id. de las Provincias Unidas de Flandes.—Leo y Botta, Istoria d'Italia.—Macanaz, Memorias, capítulos 12 y 13.—San Felipe, Comentarios, ad ann.—Belando, Historia civil de España, part. II, caps. 15 y 16.—Idem, part. III, caps. 3 á 14.—Gacetas de Madrid de los años correspondientes.

(2) Desde este tiempo los extremeños comenzaron á hacer invasiones en los pueblos fronterizos de Portugal, quemando campos, labranzas y caseríos, y no dando cuartel ni perdon á ningún portugués que cayera en sus manos; tanto, que tuvo el rey que prohibirles aquellas entradas, hasta que pudieran hacerlo unidos con las tropas.—Macanaz, Memorias, capítulo 17.

(3) Uno que envió con cartas al gobernador de Vigo fué preso por el

Por otra parte no había en Portugal ni almacenes provistos, ni plazas habilitadas para la defensa, ni soldados disciplinados, ni oficiales instruidos; y aunque se reclutaron veintiocho mil hombres, era casi gente toda improvisada é inexperta; no hubo medio de montar sino una tercera parte de la caballería; apenas se encontraba un general á quien poder confiar la dirección de la guerra; el mismo rey don Pedro, hipocondriaco é inerte, había perdido todo el vigor y la energía de otro tiempo, y no era popular en su reino la alianza con naciones protestantes. Disputábase quién había de mandar en jefe el ejército; resentíanse los portugueses de que no fuera uno de su nacion; y la igualdad de grado entre los generales inglés y holandés, Schomberg y Faggel, produjo tambien rivalidades y disputas, y todo contribuía á una inaccion y pérdida de tiempo con que no había podido contar el archiduque de Austria.

Todo lo contrario había sucedido en España. Además de los numerosos reclutamientos y de los preparativos de guerra de todas clases que en otra parte dejamos ya indicados, un cuerpo de doce mil franceses al mando del duque de Berwick, hijo natural del rey Jacobo II de Inglaterra, había entrado en España por Bayona, y penetrado despues, dividido en dos columnas, en las provincias de Castilla. Habíase hecho venir algunas fuerzas de Milan y de los Países Bajos, y llamábase de allí los oficiales generales de mas reputacion y experiencia. Estas tropas, en union con las que se habían levantado dentro de la península, fueron destinadas á las fronteras de Portugal, y principalmente á la provincia de Extremadura. Y en tanto que los portugueses y sus aliados perdían en disputas mas tiempo del que sin duda creyeron gastar en la conquista, el rey Felipe V, resuelto á hacer personalmente la campaña, salió de Madrid (4 de marzo, 1704), dejando el cuidado del gobierno á la reina, y seguido de muchos grandes y nobles que á su ejemplo quisieron compartir con él las fatigas y los peligros de la guerra. El mal estado de los caminos por efecto de las copiosas lluvias de aquellos días, hizo que fuese mas lenta de lo que se había creído esta jornada del rey á Extremadura. Mas ni esta circunstancia, ni el tiempo que en Plasencia se detuvo para acordar con los generales el plan de la campaña bastaron á los aliados de Portugal para proveer convenientemente á la defensa de aquel reino, ya que despues de tantos alardes no habían tomado la ofensiva.

Publicado por el rey don Felipe un manifiesto expresando los justos motivos que le impulsaban á emprender aquella guerra; pasada revista á las tropas, que no bajarían de cuarenta mil hombres, y dado un severísimo bando prohibiendo bajo pena de la vida el robo, el saqueo, y la profanacion de los templos; imponiendo la propia pena á todo el que causara daño ó molestia á los eclesiásticos, ancianos, mujeres, niños ú otras personas inofensivas, ó hiciera otros prisioneros que los que fuesen cogidos con las armas en la mano, movióse el rey hácia Salvatierra, primera plaza portuguesa, que embistió y rindió el conde de Aguilar, entregándose su gobernador Diego de Fonseca con seiscientos hombres (7 de mayo, 1704). A la rendicion de esta plaza siguieron las de Penha-García, Segura, Rosmarinhos, Idaña y otros lugares, cuyos habitantes prestaban sin dificultad obediencia al rey de España. La guarnicion del castillo de Monsanto que puso alguna mas resistencia, fué pasada á cuchillo, y la villa dada á saco, á pesar de la severa prohibicion del bando real. Mientras el conde de Aguilar lograba estos fáciles triunfos, don Francisco Ronquillo, que había sido corregidor de Madrid y mandaba un cuerpo volante, ponía en contribucion todo el país hasta las puertas de Almeida: el mariscal francés príncipe de Tilly por la parte de Alburquerque se había corrido quince leguas dentro de Portugal, y llegado hasta la vista de Arronches; el marqués

conde de la Atalaya que mandaba en aquella frontera, y enviado á la Coruña para que pagase allí su delito.—El hermano bastardo del almirante, que vino á levantar el Principado, fué tambien preso, y llevado á la ciudadela de Barcelona, y mas adelante á Burdeos.—Otro espía que vino á Castilla disfrazado de fraile franciscano, fué igualmente descubierto cogido y duramente castigado. Así otros varios ejemplares.—Id. *ibid.*

de Villadarias con las tropas de Andalucía entró por Ayamonte saqueando pueblos y recogiendo ganados. Sitiada Castello-Branco por el brigadier Mahoni, rindióse tambien despues de una corta defensa, á presencia del rey. Encontráronse allí víveres, armas inglesas encajonadas, vajillas de plata, y las tiendas destinadas para el rey de Portugal y para el archiduque, que habían pensado hacer su cuartel real en aquella plaza.

Construyóse luego un puente de barcas sobre el Tajo junto á Villa-Velha, y despues de ahuyentado el general holandés Fagel, que se había atrincherado con dos regimientos, de los cuales se le cogieron un mariscal de campo, dos coroneles, treinta y tres oficiales y quinientos hombres de tropa, atacó el rey el puente con doce mil hombres, y penetró sin oposicion en la provincia de Alentejo (30 de mayo, 1704). Tampoco la encontró en los desfiladeros y gargantas que tuvo que atravesar hasta dar vista á Portalegre, cuyo sitio dispuso y dirigió el duque de Berwick. Rindióse á los pocos días de ataque aquella importante ciudad (9 de junio, 1704), cogiéndose en ella ocho cañones, y quedando prisioneros de guerra mil quinientos portugueses de tropas regulares, quinientos ingleses, y las milicias del país.

Con esto puso el rey su campo en Nisa, y destacó al marqués de Aytona para que sitiase á Castel-Davide. Allí se destruyó y pereció por falta de cebada y de forraje casi todo el cuerpo principal de nuestra caballería, por mas esfuerzos que se hicieron para buscar mantenimientos, pero al fin se entregó Castel-Davide (25 de junio, 1704), saliendo la guarnicion anglo-lusitana sin banderas. Cogiéronse allí treinta piezas de artillería, las mas de bronce. Y en tanto que algunas de nuestras tropas se apoderaban de Montalvan, rindiéndose á discrecion las cuatro solas compañías que la guarnecían, el marqués de Villadarias de orden del rey tomaba á Marsan, situada en una eminencia, con lo cual dejó abierta y expedita la comunicacion entre Valencia y Alcántara. Esta serie de triunfos solo fué interrumpida por la pérdida de Monsanto, que recobraron los enemigos, despues de un serio combate, en que quedaron vencedores, por culpa de don Francisco Ronquillo, que mas acostumbrado á manejar la vara de corregidor que el baston de coronel, creyendo derrotada nuestra caballería huyó precipitadamente con la infantería que mandaba, envolviendo en su desorden á los demás cuerpos, que á su ejemplo se retiraron á la desbandada sin haber visto á los enemigos. Apoderáronse estos de Fuente-Guinaldo, á cuatro leguas de Ciudad-Rodrigo, que aunque lugar abierto fué de gran perjuicio para la guarda de aquella frontera (1).

Los rigurosos calores de la estacion, la mal parada que había quedado la caballería, lo fatigada que se hallaba toda la tropa, y las instancias de los generales, movieron al rey á suspender la campaña, y á dar al ejército cuarteles de refresco: y haciendo demoler las fortalezas de Portalegre, Castel-Davide y Montalvan, y trasportar á Alcántara el puente de barcas formado sobre el Tajo, y ordenando que el mariscal duque de Berwick se incorporara con sus regimientos á las tropas que operaban en la provincia de Beyra, emprendió Felipe su regreso á Madrid (1.º de julio, 1704). La reina salió á esperarle á Talavera, donde se detuvieron dos días á disfrutar de los festejos que les tenía preparados aquella villa. Las aclamaciones se repitieron en todos los pueblos del tránsito, y su entrada en Madrid (16 de julio) se solemnizó con las mas entusiastas demostraciones de amor y de regocijo. Porque la reina, durante la ausencia de Felipe, había seguido su costumbre de salir á un balcon de palacio á anunciar á viva voz al pueblo los triunfos de las armas de Castilla en Portugal, y á darle noticias de su rey cada vez que recibía despachos del teatro de la guerra, por cuyo medio mantenía vivo el entusiasmo popular, y los vecinos de la corte iluminaban espontánea-

(1) Belando, Historia civil de España, part. I, caps. 27 á 30.—Marqués de San Felipe, Comentarios, ad ann.—Macanaz, Memorias manuscritas, cap. 17.—Faria y Sousa, Epítome de Historias portuguesas.—Sucesos acaecidos entre España y Portugal, etc. Lisboa, 1706.—Noticias individuales de los sucesos mas particulares, etc., desde 1703 á 1706. Carta 3.ª, en el Semanario erudito de Valladares, tom. VII.

mente sus casas para celebrar las victorias y mostrar su cariño á sus soberanos.

En esta primera campaña de Portugal debió aprender el pretendiente de Austria cuán léjos estaba de serle el espíritu de los españoles tan favorable y propicio como se le había pintado el almirante de Castilla, y que no era tan fácil empresa como había creído la de sentarse en el trono de sus mayores. Los mismos portugueses se quejaban amargamente de la alianza de su rey con el archiduque. Viendo los aliados cuán mal iba para ellos la guerra en aquel reino, determinaron probar fortuna por otra parte, enviando dos escuadras, una de cincuenta velas á Barcelona, otra de veinte á Andalucía, con objeto de levantar aquellos países, que suponían mas dispuestos en su favor. A fin de concitar á la rebelion iban unos y otros en abundancia provistos de manifiestos, proclamas, cartas y despachos de gracias, con los nombres en blanco, los cuales entregaban en los pueblos de la costa á las personas con quienes ya contaban, para que los distribuyesen. Ningun fruto produjo la tentativa en Andalucía, no obstante ser el país en que estaba mas relacionado el almirante: las guarniciones y milicias cumplieron con su deber: los seductores fueron descubiertos y castigados, y quemados los papeles subversivos.

No era en verdad tan sano el espíritu que dominaba en las provincias del Este de España, señaladamente en Valencia y Cataluña. Iba mandando la escuadra destinada á Barcelona el príncipe de Darmstad, austriaco, vírey que había sido de Cataluña en el último reinado, y llevaba dos mil hombres de desembarco. Dispuesto tenían ya los barceloneses de su partido abrirle por la noche la puerta del Angel. Pero descubiertos y castigados los autores de esta trama, tuvo que reembarcarse con su gente el de Darmstad, aunque no sin dejar la ciudad llena de papeles sediciosos. Vista la disposicion de los catalanes, tratóse de enviar al Principado tropas francesas: mas el vírey don Francisco Velasco representó tan vivamente contra esta medida, á causa de la antipatía de aquellos naturales á la gente de Francia, que auguraba que con esta se perdería todo, y no necesitaba mas fuerzas para mantener tranquila y obediente la provincia que los mil seiscientos infantes y los seiscientos coraceros que le habían sido enviados de Nápoles. Confianza imprudente, que puso al Principado y á la España entera en el conflicto que veremos despues (2).

Aun duraba en Madrid el júbilo producido por los prosperos sucesos de Portugal, cuando vino á turbarle un acontecimiento que había de ser de fatales consecuencias para lo futuro. El príncipe de Darmstad, enemigo temible, por lo mismo que había estado muchos años ejerciendo mandos superiores al servicio de España, dirigióse con su escuadra á poner sitio á la importante plaza de Gibraltar, que se hallaba descuidada y desguarnecida. Su gobernador don Diego de Salinas había venido á Madrid antes que el rey saliera á campaña á hacer presente la necesidad de guarnecer y artillar aquella fortaleza; mas su justa reclamacion fué muy poco atendida, y el marqués de Villadarias, á quien por último el rey encargó su cuidado, no pensó en ello, ni creyó que los enemigos intentasen nada por aquella parte. Así fué que cuando desembarcaron los dos mil hombres de Darmstad (2 de agosto, 1704), apenas llegaría á ciento, incluso los paisanos, la guarnicion de la plaza. Cortada fácilmente por los enemigos toda comunicacion por tierra y por mar, y sin esperanza de socorro los de dentro, todavía el gobernador contestó con valentía á la intimacion del de Darmstad; y harto fué que resistiera dos días á los impetuosos ataques de los ingleses; mas como quiera que le faltasen de todo punto elementos para prolongar mas la resistencia, hizo una decorosa capitulacion, saliendo él con todos los honores, y ofreciendo el príncipe austriaco conservar á los habitantes su religion, sus bienes, casas y privilegios; condicion que no fué cumplida, porque los templos fueron profanados, las casas saqueadas, y los vecinos tratados con todo el rigor de la guerra. De este

(2) Macanaz, Memorias, cap. 11.—Belando, Historia civil, part. I, capítulo 30.—San Felipe, Comentarios, tom. I.—Feliu de la Peña, Anales de Cataluña.

modo perdió España aquella importante plaza, baluarte de Andalucía y llave del Mediterráneo (1). Posesionados los ingleses de Gibraltar, á nombre de la reina Ana, hicieron una tentativa sobre Ceuta, pero vista la valerosa contestación y la firme actitud del gobernador, marqués de Gironella, desistió el de Darmstad de aquel intento.

Quiso el marqués de Villadarias enmendar su falta anterior, y acudió á socorrer á Gibraltar, pero llegó ya tarde. Lo mismo sucedió con la escuadra francesa del Mediterráneo, que desde Tolon, al mando del conde de Tolosa, hijo natural de Luis XIV y primer almirante de Francia, tomó rumbo hácia Gibraltar. Encontróse esta armada, compuesta de cincuenta y dos buques mayores y algunas galeras de España, con la anglo-holandesa, mandada por el almirante Rook, que constaba de unos sesenta, en las aguas de Málaga. Preparáronse una y otra para el combate; el viento favorecía á la de los aliados; dióse no obstante la batalla que tanto tiempo hacia se esperaba entre las fuerzas navales de las potencias enemigas (24 de agosto, 1704). Muchas horas duró la refriega; ambos almirantes pelearon con inteligencia y valor, y hubo pérdidas de consideración por ambas partes: de los franceses murieron mil quinientos hombres, con el teniente general conde de Relingue y el mariscal de campo marqués de Castel-Renault; los enemigos perdieron al vice-almirante Schowel; pero unos y otros hicieron relaciones exageradas y pomposas de la batalla (2), atribuyéndose cada cual la victoria. Aunque despues volvieron á verse ambas escuadras, no mostraron deseos de repetir el combate. Los anglo-holandeses hicieron rumbo hácia el Océano; el conde de Tolosa dejó doce navios con gente y artillería cerca de Gibraltar para reforzar al marqués de Villadarias, y dejando tambien las galeras de España en el Puerto de Santa María, se volvió á Tolon, de donde había partido.

Con mucho ardimiento emprendió el de Villadarias la recuperación de Gibraltar, para cuya empresa contaba con las tropas que él había llevado, con los tres mil quinientos hombres y los doce navios que al mando del baron de Pointy le dejó el conde de Tolosa, con la gente que llevó el marqués de Aytona, y con algunos grandes que concurrieron voluntariamente á la empresa, como el conde de Aguilar, el duque de Osuna, el conde de Pinto y otros. Pero había el de Darmstad fortificado bien la plaza: había recibido un refuerzo de dos mil ingleses; echóse encima la estación lluviosa; las aguas deshacían las trincheras; las enfermedades diezaban el campamento español; consumíanse inútilmente hombres, caudales y municiones; los oficiales generales reconocían todos que era imposible tomar la fortaleza, y sin embargo el de Villadarias escribía siempre al rey que pensaba tomarla en pocos dias. Así lo creyó Felipe, hasta que con vista del plano de la plaza y obras del sitio, y pesadas las razones del marqués y de los demás generales, se convenció de que estos eran los que discurrían con acierto y aquel el engañado. Mas por consideración al marqués, y á fin de proceder con mas conocimiento y seguridad, no quiso dar orden para que se levantara el sitio hasta que le reconociera el general francés mariscal de Tessé, que vino por este tiempo á Madrid (7 de noviembre, 1704) á reemplazar al duque de Berwick en el mando superior del ejército.

Era ya principio del año siguiente (1705) cuando el mariscal de Tessé pasó al Campo de Gibraltar á reconocer los cuarteles, y vió los trabajos y fatigas de todo género que durante el invierno habían pasado los sitiadores, y que los sitiados recibían con frecuencia socorros, y que la bahía estaba cuajada de naves enemigas; y aunque conoció la dificultad de la empresa, no quiso abandonarla sin tentar un esfuerzo. Hizo que acudieran de Castilla mas de otros cuatro mil hombres, y se determinó á dar un asalto (7 de febrero) con diez y ocho

(1) San Felipe, Comentarios.—Belando, Historia civil de España, parte I, c. 31.—Macanaz, Memorias, cap. 18.—John Lingard, Historia de Inglaterra.

(2) Belando, San Felipe, Macanaz, en sus respectivas historias.—Las historias de Inglaterra.—Relacion de esta batalla en la Gaceta de Madrid.

compañías, las nueve de granaderos. El asalto fué infructuoso, y costó algunas pérdidas. Ya no quedaba mas esperanza que el auxilio de la armada francesa, pero esta fué en parte dispersada por una tempestad, en parte destruida por otra inglesa de cuarenta y ocho navios que al mando del almirante Lake salió del Támesis á proteger á los de Gibraltar. Todo esto determinó al mariscal de Tessé á levantar el sitio; sitio desastroso, y costosísimo á España, por los muchos hombres y caudales que en él lastimosamente se consumieron; y esta fué, dice con justo dolor un escritor contemporáneo, la primera piedra que se desprendió de esta gran monarquía (3).

Por el lado de Portugal, viendo el rey don Pedro y el archiduque Carlos una parte de nuestras tropas distraídas en el sitio de Gibraltar, otras descansando en cuarteles de refresco, y como les hubiese llegado un refuerzo de cuatro mil ingleses, repuestos algun tanto de su aturdimiento anterior, emprendieron las operaciones por la parte de Almeida, é hicieron una tentativa sobre Ciudad-Rodrigo. Pero frustró sus cálculos la habilidad y presteza del duque de Berwick, que se adelantó á aquella ciudad con un cuerpo de ocho mil peones, con los cuales no solo protegió la plaza, sino que contuvo del otro lado del rio al ejército aliado, no obstante que se componia de treinta mil hombres, entre portugueses, ingleses y holandeses, no haciendo otra cosa el general Fagel que movimientos y evoluciones inciertas, sin atreverse á pasar el rio, ni á comprometer una acción, teniendo que retirarse al cabo de tres semanas (8 de octubre, 1704) con el rey y el archiduque. Igual éxito tuvo otra tentativa de los aliados sobre Salvatierra, con lo cual desanimaron de tal modo que tuvieron á bien volverse á Lisboa. Al propio tiempo el marqués de Aytona con la gente que mandaba en Jerez de los Caballeros menudeaba las incursiones en territorio portugués, teniendo el país en continua alarma, y llevando siempre presa de ganados y no pocos prisioneros (4).

En medio del estruendo de las armas no habían cesado las intrigas y las rivalidades palaciegas, influyendo no poco en la marcha del gobierno, y aun de las operaciones militares. Aprovechó Luis XIV la salida de Madrid de su nieto Felipe para separar á la princesa de los Ursinos, lo cual dispuso que se ejecutara con tales y tan misteriosas precauciones, como si se tratara de un asunto de que dependiera la suerte de su reino. Las instrucciones que dió á su embajador sobre la manera como había de comunicar al rey esta resolución poniéndose antes de acuerdo con el marqués de Rivas y el duque de Berwick; los términos en que escribió al rey y á la reina; las medidas que mandó tomar para que saliera la princesa sin despedirse de su soberana; la orden que recibió la de los Ursinos de emprender inmediatamente el viaje hácia el Mediodía de la Francia, de donde se trasladaría á Roma; la amenaza de que en el caso de resistirse á esta medida retiraría su apoyo y haría la paz abandonando la España á su propia suerte, todo mostraba el decidido empeño del monarca francés, como de quien estaba persuadido, y así lo decía, de que con el alejamiento de la camarera iban á desaparecer todos los desórdenes, todo el descontento y todos los males de España.

Separado Felipe de su esposa, no se atrevió á oponer resistencia; la reina calló, devorando el amargo dolor que aquel golpe le causaba; la princesa le recibió con dignidad y con orgullo; obedeciendo el mandamiento, salió de Madrid sin poder ver á la reina (marzo, 1704), y en Vitoria se encontró con el duque de Grammont, que venía á reemplazar en la embajada de Francia al abate Estrées, separado tambien por Luis XIV. Fué nombrada camarera mayor la duquesa viuda de Bejar, una de las cuatro que el monarca francés proponía para sustituir á la de los Ursinos.

Lleno de presunción, y con no pocas pretensiones de dirigir y gobernar la España, llegó el nuevo embajador á Madrid y se presentó á la reina. Mas no tardó en conocer que la

(3) Belando, Historia civil de España, tom. I, cap. 31 á 35.—San Felipe, Comentarios, A. 1704-1705.—Macanaz, Memorias, capítulo 18.

(4) Sucesos acaecidos, etc.—Belando, San Felipe, Macanaz, ub. sup.—Semanario erudito, tom. VII.

jóven María Luisa, á pesar de su corta edad, tenia sobrado carácter para no ser dócil instrumento de extrañas influencias: desde la primera conferencia comprendió tambien que ni perdonaría jamás la ofensa de haberla privado de su confidente y su íntima amiga, ni se consolaría nunca de la pena y mortificación que esto le había producido; y con este convencimiento partió Grammont á reunirse al rey en la frontera de Portugal. Extendíanse las instrucciones del nuevo embajador á trabajar por la destitución de todo el gobierno formado por influjo de la princesa de los Ursinos; y como hallase resistencia en Felipe, empleó todos sus esfuerzos en convencer á la reina, por cuyos consejos sabia se guiaba y dirigía el rey: pero no pudo sacar de ella sino esta irónica y evasiva respuesta: «¿Qué entiendo yo, niña é inexperta como soy, en materias de política y de gobierno?» De contado esta pretension produjo paralización en todos los negocios públicos, confusión y desorden, quejas y descontento general. A pesar de toda la insistencia de Luis XIV por derribar y cambiar el gobierno, tal vez no habría podido vencer la resistencia de los reyes de España, si los sucesos de la guerra hubieran hecho menos necesaria su protección. Pero la pérdida de Gibraltar les puso en el caso de no poder descontentar á su augusto protector, y dió ocasion al monarca francés de ponderar los resultados de la mala administración de Orri y de Canales, «quienes en buena ley, decía, merecerían que se les cortara el pescuezo.»

Con esto no se atrevieron los reyes á resistir mas, y consintieron, aunque con repugnancia, en el cambio de gobierno (setiembre, 1704). Orri fué llamado á Paris para que diese cuenta de su administración y conducta: el marqués de Canales fué separado, y se devolvió al de Rivas todo el lleno de su antiguo poder como secretario de Estado, y se formó una Junta compuesta del conde de Montellano, gobernador del consejo de Castilla, del duque de Montalto, presidente del de Aragon, del conde de Monterrey, que lo era del de Flandes, del marqués de Mancera, del de Italia, de don Manuel Arias, arzobispo de Sevilla, y del duque de Grammont, embajador de Francia. Fué complacida la reina en no incluir en el nuevo gabinete á Portocarrero y á Fresno, á quienes rechazaba. Pero esto no impidió para que Luis XIV, penetrado de la disposición y del espíritu de la reina, le escribiera una carta fuerte en la cual entre otras cosas le decía: «¿Queréis á la edad de quince años gobernar una vasta monarquía mal organizada? ¿Podeis seguir consejos mas desinteresados y mejores que los míos?... Sobrado sé que vuestro talento es superior á vuestra edad.... apruebo que os lo confie todo el rey, pero todavía uno y otro tendreis por mucho tiempo necesidad de ajeno auxilio, porque no es posible tener lo que solo da la experiencia...»

En cuanto á la princesa de los Ursinos, cuya ausencia no cesaba de llorar la reina, y con la cual seguía manteniendo relaciones confidenciales, no solamente logró por medio de sus amigos de la corte de Versalles permanecer en Tolosa, en lugar de Roma, donde había sido destinada, sino que calculando Luis XIV lo que le interesaba ganar aquella mujer importante, comenzó á halagarla impetrando un capelo para el abate La Tremouille, su hermano, y nombrándole despues embajador cerca de la Santa Sede. Notóse desde entonces una variación completa de conducta en ambas cortes. Tratábanse y se comunicaban con expansion los que antes no se hablaban sino con recelo y desconfianza. De la nueva disposición del gabinete francés se aprovechó la reina para conseguir que fuera separado el duque de Berwick, y que viniera á reemplazarle en el mando del ejército el mariscal de Tessé, adicto á la princesa de los Ursinos (noviembre, 1704). A poco tiempo solicitó la princesa el permiso para presentarse en Versalles á dar sus descargos. Concediósele Luis XIV, y esta debilidad del monarca francés equivalió á confesarse vencido por el mágico poder de aquella mujer seductora. El mariscal de Tessé con sus informes acerca de la situación de España y de la conducta de cada personaje, contrarios á los que habían dado los embajadores (1), y el conde de Montellano, pre-

(1) «Preferirían los españoles, decía entre otras cosas en su informe el mariscal, ver la destrucción del género humano, á ser gobernados por

sidente de Castilla, con sus trabajos en favor de la reina y de la favorita, cooperaron mucho al nuevo giro y al desenlace que iba llevando este ruidoso asunto.

Por mas que el embajador Grammont y el confesor Dautenton trabajaron en opuesto sentido, ponderando á Luis XIV el pernicioso influjo de la princesa para con la reina, y el de la reina para con su marido, pintando á este como un hombre sin voluntad propia y enteramente sometido á la de una reina niña, que era oprobioso se mezclara tanto en los negocios públicos, y que por lo mismo era muy conveniente separarlos, todos los esfuerzos é intrigas se estrellaron contra la mayor habilidad de la reina y de la princesa, y contra el mayor ascendiente que habían ido adquiriendo sobre el monarca francés. El mismo Felipe se confesó arrepentido de las declaraciones contrarias á sus sentimientos que había hecho por instigación del embajador y del confesor, y el resultado fué tan contrario á sus planes y proyectos, que los separados fueron ellos mismos. El monarca francés se penetró del mérito de la princesa de los Ursinos, y volviendo á su antiguo plan de gobernar á la reina por medio de la camarera, anunció á Felipe su resolución de devolver á la princesa y á Orri sus anteriores empleos y cargos.

Semejante mudanza en la política de un hombre de la edad, de la experiencia y del talento de Luis XIV, por extraña que pareciera, pudo preverse desde que accedió á que la princesa fuese á Versalles á justificarse. Despues de haber salido á esperarla el duque de Alba, embajador de España, con otros muchos magnates y cortesanos, su recibimiento fué como el de una persona á quien se trataba de desagruar, y pronto se vió concurrir á su casa tantos y tan distinguidos personajes como al palacio real. Cómo se manejaría esta mujer singular en sus entrevistas y conferencias con el rey y con la Maintenon, dejábanlo discurrir los favores y distinciones con que Luis XIV de público la honraba. Pero lo que se comprendía menos era ver, que despues de haber obtenido el permiso para volver á España al lado de la reina, despues de nombrado un embajador que le era completamente adicto, Amelot, presidente del parlamento de Paris, y hombre de vastos conocimientos y práctica diplomática, aun permaneciese la princesa en Versalles, sin saberse la causa, y dando lugar á que se hiciesen sobre ello juicios tal vez temerarios. Es lo cierto que parece haber despertado los celos de la Maintenon, y llegado este caso no pudo prolongar mas su permanencia; con lo cual se resolvió á volver á Madrid, no sin traer carta

los franceses: tal vez antes se hubieran sometido, pero ya es demasiado tarde. La profunda aversión que tiene la reina al duque de Grammont nace de haber sabido por boca del rey que había tratado de que no tomase parte en los negocios públicos... Sabe además que el embajador y el confesor andan muy unidos y confabulados á fin de impedir la vuelta de la favorita, que parece indispensable...»

Luego, pasando revista á cada uno de los del Consejo decía: «El presidente de Castilla, Montellano... tiene, á lo que parece, buenas intenciones, con tal de que pase todo por la cámara de Castilla, que se considera como el tutor, no solo del reino sino tambien del rey...—El marqués de Mancera es muy anciano, y no conoce mas que la vieja rutina; es como un consejero nominal.—Montalto parece bien intencionado, aunque no me atrevo á asegurarlo; abortece la guerra, en que no entiende nada, y es incapaz de sujetarse.—Monterrey ha visto algo en Flandes y ha logrado algunos triunfos: tiene mas imaginación que los otros, pero en cuanto á los pormenores de la guerra, lo mismo entiende que si no hubiera sido gobernador de Flandes.—El marqués de Mejorada es hombre honrado y rico; no ha servido nunca y no quiere responder de nada: sería un dependiente fiel y concienzudo, si no tuviera mas que hacer que lo que le mandaran... Estos y el embajador de Francia son los que componen el gabinete... En resumen; un rey jóven que no piensa mas que en su mujer, y una mujer que se ocupa de su marido: cuatro ministros desunidos entre sí, que se hallan acordes cuando se trata de cercenar la autoridad del rey, y un secretario de Estado sin voto, y que se conforma con obedecer.—Mas capaz de servir sería el marqués de Rivas, pero como tuvo la desgracia de indisponerse con la princesa de los Ursinos, se hizo insoportable á la reina...»

»En cuanto al Consejo de la Guerra, compónese de gentes que jamás han estado en ella, que han leído algunos librotos, que hablan del asunto, y que tienen una aversión indecible hácia todo lo que se llama guerra: quisieran triunfos, pero sin hacer nada para prepararlos... etc.»—Memorias de Noailles, tom. III.